

EL SEMANARIO CATOLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 399. Alicante 27 de Julio de 1878. Año IX.

LA RELIGION Y LAS LEYES.

Que la Religion y la justicia, la teología y el derecho, el deber moral y la ley civil son hermanas gemelas, estrecha é intimamente unidas, es verdad de todos sabida; verdad que claramente aparece con solo considerar que ambas están impresas por el dedo de Dios en el corazón del hombre, que ambas, convertidas en un solo foco, alumbran, dirigen y regulan la inteligencia y la voluntad, y que una é indivisible ha de ser la regla y norma de nuestros actos. La ley eterna, inmutable, cuyos destellos reflejan en la conciencia del hombre, hé aquí la base del deber, el fundamento de la ley civil. Hace treinta y tres siglos, en el excelso Sinai, entre el fragor de los truenos y el fulgor de los rayos, el más grande de los legisladores, el que hace brotar nuevos mundos al impulso de su palabra, dictó á seiscientos mil israelitas, que esperaban atónitos en la falda del monte, el Código más sábio, el más profundo y sublime, como creacion del mismo Jehovah. Encierra en si la esencia del deber, la perfeccion del derecho, y son sus diez capítulos el más perfecto compendio de la justicia universal. Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prógimo como á

tí mismo: hé aquí el resúmen de la Religion, la mas perfecta nocion del derecho. ¡Cuánta ciencia, cuán profunda capacidad necesaria la inteligencia humana para comprender los inmensos raudales de luz que emanan de los diez preceptos del decálogo! ¿Quién no vé sentado en los tres primeros mandamientos el principio de la sabiduria, el amor y temor de Dios, el *honesté vivere* de los Códigos romanos? ¿Quién no reconoce en el cuarto el derecho de familia; en el séptimo el derecho de propiedad; en el *no mentirás* la santidad de la obligacion, y en todos los demás el célebre *neminem lædere et jus suum cuique tribuere*?

Inspirado por Dios y basándola siempre en su Código, dió Moisés al pueblo hebraico una legislacion perfectisima, que al traves de tantos siglos ofrece anchuroso campo á la admiracion y al estudio. Sin temor de ser desmentidos, podemos asegurar que fué mejor en principios que la célebre legislacion romana, para convencerse de lo cual basta fijarse en la principal institucion del derecho, la familia. El padre aparece en Israel como soberano jefe y amoroso legislador de la familia, pero no es ni puede ser, como más tarde en Roma, el tirano de sus hijos con derecho de venderlos ó matarlos. La mujer, que entre

los pueblos orientales era un vil instrumento de placer, y que más tarde en la culta Grecia y en la legisladora Roma no llegó á obtener la personalidad, siendo solo *res mancipi*, condenada á perpétua tutela, alcanzó en la legislación mosaica toda la dignidad de su persona. Fué escrupulosamente respetada cuando doncella, dignamente considerada cuando esposa y piadosamente venerada al llegar á ser madre, y piadosamente decimos, porque de entre el fruto de las madres esperaban los hebreos al Deseado de las gentes. La familia obtuvo en el pueblo de Dios toda la dignidad debida á tan fundamental institucion, y el prototipo de ella lo encontramos en varias páginas de la Biblia, en la patriarcal familia, Abraham, Rebeca, Isaac, y en el cuadro inimitable y encantador del enlace de Tobias con la hermosa Sara.

Si perfecta fué la legislación y costumbres hebraicas en cuanto á la familia, no lo fué menos por lo que respecta á la propiedad. La ambicion y codicia de los unos, á costa de la pobreza misma de los otros, el motivo de las perpétuas rivalidades entre patricios y plebeyos romanos, en una palabra, el pauperismo, esa llaga de nuestras civilizadas naciones, no existia entre los hebreos. Cada cincuenta años la trompeta anunciaba la fiesta de la espiacion, el año sabático ó del jubileo. Recobraba la libertad el que la habia perdido y volvia la propiedad á sus primeros dueños; justo nivel que acercaba las familias, tanto como las separa en nuestras sociedades la desigualdad de fortuna. El sistema dotal, el tratado de obligaciones, el enjuiciamiento civil y criminal, el derecho administra-

tivo, todo merece ser atentamente estudiado, con la seguridad de encontrar en cada parte de la legislación mosaica el más alto grado de perfeccion con respecto á las necesidades del pueblo al cual iba dirigida. Es que en la legislación hebraica era uno solo el deber moral y la obligacion civil; la obligacion estaba calcada en la Religion; no habia entre ellas antinomia de clase alguna; era la aplicacion del más sublime de los códigos, el Decálogo.

Al contrario la legislación romana, que, aunque vasta y perfeccionada con el concurso de los pueblos conquistados, ignoraba las dos divinas bases de la legislación: «Amarás á Dios con todo tu corazon; Amarás al prógimo como á ti mismo,» fué un soberbio monumento desprovisto de cimientos. Para la mitad del pueblo romano, que nacia y era toda su vida esclavo, no habia más derecho que el del bárbaro tormento. Hasta el tiempo de Adriano subsistió una ley que mandaba que si moria un ciudadano á manos de un esclavo, fuesen muertos no solo todos los esclavos que se hallaren en la casa del amo, sino á los libertos. Los hijos de familia estaban en igual situacion; podia el padre venderlos y matarlos, y aun tenia por la ley obligacion de hacer esto último cuando nacieran deformes; Espurio Casio murió á manos de su mismo padre, y en los modernos tiempos de Catilina cupo igual suerte á un senador de Roma. Como hediondo rebaño eran conducidos los deudores «libres» á casa de su acreedor; allí trabajaban y eran sin piedad azotados y cubiertos sus cuerpos de heridas hasta que á mal vender era vendido el deudor, re-

partiéndose el «producto» entre los acreedores del concurso. No hablemos de la mujer; era de igual suerte tratada, y bajo el más sutil pretexto podía matarla su marido.

Tal era la familia de la sábia Roma, entre el pueblo-Rey.

Necesario fué que el mismo Dios, en alas de su amor inmenso, descendiera del cielo á la tierra á rescatar á sus propios hijos, presa ya de la corrupcion y del error.

Apareció de nuevo el Divino legislador, y no ya entre relámpagos y truenos, sino revestido de nuestra misera carne, promulgó con la palabra y el ejemplo el Código sublime de nuestras costumbres y creencias, el Evangelio, cuya preciosa doctrina propagada con el heroísmo de la virtud y con la sangre del martirio, y acrisolada con la tenaz persecucion de la heregía y de la impiedad, brilla esplendente por toda la redondez del orbe. Su moral es divina, sus preceptos el colmo de la sabiduria. Merced á su irresistible influencia cambióse paulatinamente la faz del mundo, y el soberbio paganismo, con su cortejo de vicios y maldades, desmoronose y vino al suelo con estrépito. Religion, literatura, ciencias, artes, leyes, costumbres, la materia, los espíritus, todo, absolutamente todo fué nuevamente informado al sentir la sávia, calor y vida que eual espléndido sol comunicó el Cristianismo.

Compréndese ya, cuán radical sería la perturbacion que en la legislacion romana operaría el cambio de creencias y costumbres. Cediendo á la influencia siempre creciente del Catolicismo, cayeron en desuso infinidad de leyes contra-

rias ó poco conformes con los principios evangélicos, hasta que otorgada la paz á la Iglesia por el glorioso Constantino, dejaron ya de ser contradictorias la ley y las costumbres; ya no fueron hostiles la Iglesia y el Estado; corriendo parejas la ley civil y el deber del cristiano, quedó transformada é inmensamente perfeccionada la legislacion.

Una circunstancia dispuesta sábiamente por la Providencia vino á completar la obra del Catolicismo. La raza que habia presenciado los desórdenes del imperio y el refinamiento de la corrupcion romana, estaba corrompida aún en su cuerpo, y esta masa debia ser regenerada por una fuerte é incorrupta levadura. Esta fué la irrupcion de los bárbaros, que á espesas bandadas y formando numerosas avalanchas invadieron y aplastaron el carcomido imperio romano, que lánguidamente acabó su vida. Esta raza vencedora, llena de salvaje rudeza, pero incorrupta en sus costumbres, rica con el botin, aprovechando los adelantos de los pueblos conquistados, y amalgamándose insensiblemente con los vencidos, formó al calor del Catolicismo nuestras nacionalidades europeas; entre ellas la de nuestra querida España, siempre grande cuando católica, cada dia mas postrada y abatida desde que el racionalismo dejó caer en ella su inmunda baba.

NOTABLE PASTORAL DEL OBISPO

DE VICH.

Hé aquí algunos párrafos que de dicha pastoral tomamos:

«Por tanto, haciendo uso de nuestra potestad ordinaria que hemos recibido de Dios, y tambien de la que tenemos en esta materia como delegado de la Santa Sede, prohibimos á los fieles de nuestra diócesis la lectura de los libros é impresos siguientes, á saber: 1.º Las Biblias, Nuevos Testamentos, Evangelios y otros cualesquiera libros de la Sagrada Escritura traducidos en idioma vulgar y sin notas de los Santos Padres ó de otros autores doctos y católicos. — 2.º Los libritos protestantes titulados: *El perdón, El mal y su remedio, La Virgen Maria y los protestantes, La Religion y el dinero*, por Napoleon Roussell. — 3.º La hoja protestante *Almanaque de la Aurora de Gracia*. — 4.º La obra nefanda *Historia de los crímenes del despotismo de los Papas*. — 5.º Los periódicos injuriosos á la Religion católica y á sus ministros *El Cardoner y La Campana de Gracia*. — 6.º La revista *El Arsenal de la Devoción*. Todos estos libros é impresos aquí citados, aunque prohibidos ya por las reglas generales del *Indice*, los prohibimos tambien Nos con nuestra autoridad, porque sabemos que han circulado por nuestra diócesis, y queremos, venerables hermanos é hijos carísimos, que sepais todos que os está especialmente prohibida su lectura por el precepto que os imponemos, y que no es lícito traspasar sin haceros reos delante de Dios. En consecuencia, os exhortamos á vosotros, venerables párrocos, confesores, predicadores y demás sacerdotes, á que empleeis la más esquisita vigilancia acerca de la circulacion de tan perniciosos impresos, y clameis con celo contra su lectura, recogiendo de las manos de los fie-

les todos los ejemplares que os sea posible. Asimismo os encargamos procureis remitirnos cualesquiera otros impresos sospechosos que vinieren á vuestras manos, para que, examinándolos podamos condenarlos y prohibirlos, como hemos hecho con los sobredichos.

Además, os exhortamos y amonestamos, venerables hermanos é hijos carísimos, que os abstengais tambien de leer aquellos periódicos que, aunque no sean declaradamente malos tampoco son decididamente buenos, que amalgaman y confunden lo bueno con lo malo, y queriendo complacer á todos procuran conciliarlo todo, insertando en sus columnas lo mismo un escrito impio ó anti-católico que otro religioso y ortodoxo, y anunciando igualmente una comedia obscena ó un baile escandaloso, que una funcion de Cuarenta Horas ó la novena de un Santo. Esos periódicos, aunque no hagan suyo ó no defiendan todo lo malo que insertan, son, sin embargo, muy peligrosos y perjudiciales, segun la doctrina del sapientísimo Pontífice Benedicto XIV en su Constitucion de 6 de julio de 1753, porque dejando el mal sin el debido correctivo y el error sin ser victoriosamente refutado, propinan á los incautos lectores el veneno sin darles ningun antidoto para preservarse del daño: *cum incautis lectoribus venena propinent, nullo exhibito vel parato, quo praeserventur, antidoto*.

Esas publicaciones, dice el citado Pontífice, son una sutilísima invencion de la malicia humana, y un nuevo género de seduccion con que fácilmente se enredan y caen los sencillos: *subtilissimum hoc humanac malitiae inventum, ac novum se-*

ductionis genus, quo simplicium mentes facile implicantur. Ni siquiera es de aprobar lo que hemos notado alguna vez en periódicos por otra parte verdaderamente católicos, que hacen, sin explícita reserva ó salvedad, elogio de personas funestas á la Religion, por más que merezca alabanza alguno de sus actos; porque esto disminuye en los lectores el horror que debe tenerse al mal, y el recelo con que deben ser mirados los enemigos de Dios y de la Iglesia.

No, no queráis leer periódico ó impreso que no sea decididamente católico y enteramente bueno, para lo cual es necesario que nada tenga de malo, porque *bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*: y no sin haberos asegurado ántes de que están aprobados por la competente autoridad eclesiástica los que traten de materias religiosas.

Finalmente, venerables hermanos é hijos carísimos, como el obispo no puede por sí solo ni destruir todo el mal que conviene corregirse, ni hacer todo el bien que desea, os exhortamos y rogamos muy encarecidamente á todos que nos ayudeis, cada cual á su manera y segun sus luces y fuerzas, á reprimir y remediar el mal, y á solidar y difundir el bien, á rebatir y exterminar el error, y á defender y publicar la verdad y doctrina del Catecismo. A este fin deseamos que vosotros, celosos párrocos, forméis en vuestras feligresías, mayormente en poblaciones grandes, asociaciones de católicos, especialmente jóvenes virtuosos, activos y de fé arraigada, que se dediquen con celo á mirar por los intereses de nuestra santa Religion: deseamos que fundeis escuelas nocturnas de obreros para instruir-

los y moralizarlos; que establezcáis escuelas dominicales de niños y de niñas para apartarlos de los peligros del mundo, instruirlos en el Catecismo é inculcarles las saludables máximas de la Religion; que instaleis y fomentéis toda clase de asociaciones y hermandades que tengan algun objeto religioso ó de caridad, para unir á todos vuestros feligreses en unos mismos sentimientos de fé y de mútua benevolencia cristiana; deseamos, en fin, que por medio de estas asociaciones católicas y piadosas, contrarestéis á tantas asociaciones malas que corrompen las costumbres y pervierten el sentimiento religioso de los pueblos.

Si todos nosotros trabajamos, cada uno en su esfera y conforme á los talentos que hemos recibido del Señor, mucho puede todavía remediarse el estado infeliz en que se halla hoy el mundo. Dios no nos ha llamado para el descanso, sino para el trabajo y para la lucha; tiempo es de luchar contra los enemigos de la Religion y de nuestras almas: el Señor, que nos envia á la batalla, nos promete su auxilio y nos asegura la victoria. Animo, pues, venerables hermanos é hijos carísimos, vencerá Cristo, triunfará la Iglesia, serán disipadas las tinieblas y reaparecerá la luz; la verdad católica, hoy dia tan combatida en nuestra España, volverá á brillar, y la librará de la tiranía del error: *Veritas liberavit vos*. Entonces se disfrutará de la verdadera libertad; entonces, bajo el suave yugo de la ley y la doctrina de Cristo, que es la misma verdad, sereis todos verdaderamente libres: *Si ergo vos Filius liberaverit, vere liberi eritis*. Joan. VIII. 36. Quiera el Señor, por su infinita mi-

sericordia, concedernos pronto esta dichosa libertad; y mientras Nos, con todo el fervor y humildad de nuestro corazón, la pedimos á Dios, os damos, con toda la ternura de nuestro amor á vosotros, venerables hermanos é hijos carísimos, nuestra paternal bendición en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—Amen.

Dado en nuestro palacio episcopal de Vich, fiesta de Pentecostés, día 9 de junio de 1878.—PEDRO, Obispo de Vich.—Por mandado de S. S. I. el Obispo, mi Señor, Dr. Pablo Oliva y Soler, Presbítero secretario.

CRÓNICA RELIGIOSA.

EL OBISPO BELZUNCE.

Vamos á traducir la mayor parte de un artículo que ha aparecido en el *Figaro* de París sobre este héroe de la caridad cristiana, sobre este insigne Obispo, cuyo nombre corre hoy de boca en boca con motivo de los desórdenes salvajes de que ha sido teatro Marsella.

Mons. de Belzunce pertenecía á una noble familia, y siendo todavía joven fué consagrado obispo de Marsella. Durante la primavera de 1720 encontrábase en la corte de Versalles, y allí le llegó una carta, que la historia ha conservado, que el articulista del *Figaro* reproduce, y que decía así:

«Monseñor: El rebaño llama á su Pastor. Dios castiga á Marsella. La peste causa estragos. Los ricos se van. Esto es

una desolacion. Se cree ver por los aires al ángel que mata por medio de la peste las legiones de Sennacherib. Venid á morir con nosotros.»

Dejemos la palabra á M. Mery, redactor del *Figaro*:

«Un instante despues se habia puesto en camino. Al rayar el alba emprendia su viaje á Marsella sin detenerse durante la noche, sin tener una hora de reposo. En aquella época semejante viaje estaba lleno de peligros. Los bosques y los caminos reales estaban infestados de gitanos, de ladrones, de contrabandistas, de merodeadores. Pasar doce noches en ellos era ya un acto de heroismo, que Belzunce realizó con la serenidad del caballero y la resignacion del cristiano.

«Al entrar en Marsella por los acueductos de la puerta de Aix, Belzunce vió una ciudad habitada por la muerte. Los pobres infestados espiraban de sed á las puertas de sus casas; horribles sudarios envolvian los cuerpos humanos que iban á ser depositados sobre las carretas; desgraciadas criaturas lloraban sobre los pechos escuálidos de sus madres; las aceras aparecian cubiertas de andrajos, asquerosos despojos de los muertos. Sentíase por todas partes el olor de la lepra que penetraba por las ventanas hasta las alcobas.

«Belzunce bajó á pié á la calle de Aix, dirigiéndose á la Iglesia de San Martin, donde entró con paso firme, en medio de una hilera de cadáveres y entre el estrépito de las puertas que se abrían para cerrarse tras ellos.

«Cuando los sacerdotes de la iglesia de San Martin reconocieron á su Obispo, entonaron un solemne *Te Deum* en accion

de gracias, y despues de la ceremonia, Belzunce dió las órdenes para la fiesta pública del día siguiente.

»En medio de una plaza, delante de las fuentes de Medusa, que tan gratos recuerdos tienen para nosotros (1), se levantó un altar, é hizose público en toda la ciudad que el Sr. Obispo, recién llegado de Paris, diria la Misa al día siguiente en el paseo de la plaza.

»La ciudad se reanimó como por encanto. Cuando se supo que el heróico Pastor habia abandonado á Paris para socorrer á sus hijos espirituales, los tímidos cobraron valor. El pueblo de los Carmelitas mayores y de San Juan descendió de las alturas para asistir á la Misa episcopal. Muchos ricos, avergonzados de su corbardia, abandonaron las cimas en que se habian refugiado á fin de respirar el aire del mar, y entraron en Marsella para ver á su iatrépido Obispo, rezar con él, con él prestar los auxilios á que hasta entónces se habian negado, ó morir á su lado.

»Esta fiesta de la muerte no se parecia á ninguna otra. Una multitud inmensa llenaba la plaza y se extendia por la calle de Roma hasta la plaza de Castilla, y por la calle de Aix hasta los acueductos. Las campanas de las iglesias y de los conventos se echaron á vuelo, respondiendo al sonido del bronce sagrado el estampido del cañon de la ciudadela: todas las casas aparecieron ornadas con las banderas de los navios; un coro compuesto de ochenta mil voces entonó el *Deus in adjutorium*, y destacándose so-

bre este mundo agonizante, Belzunce, revestido de sus ornamentos pontificales, rodeado del clero de sus parroquias y de los religiosos de todas las Ordenes bendijo la ciudad, á sus habitantes y el campo, infundiendo la esperanza en todos los corazones.

»El hambre, que acompaña de ordinario á las grandes calamidades, bien pronto comenzó á sentirse en Marsella; pero, gracias á la generosidad del Papa Clemente XI, el trigo llegó de los puertos de Italia á Marsella, y el pueblo solo tuvo que luchar contra un enemigo. El nombre de Clemente XI no fué olvidado ni en las bendiciones ni en el monumento conmemorativo.

»Durante algunas semanas la peste parecia ceder en intensidad, y se abrió el pecho á la esperanza de verse enteramente libre de ella. La recrudescencia fué terrible, y el cuadro de la muerte tomó pronto proporciones verdaderamente desoladoras. Belzunce se creció con el peligro. Los cadáveres inundaban las calles, los muelles, las plazas; faltaban los consuelos religiosos á los moribundos; faltábanles los socorros materiales; los enterradores se negaban á enterrar. La sed y el hambre atormentaban á los sanos. ¡Cuántos brazos esforzados se levantaron entónces! El caballero Rosa, como un vigilante general, cuyo puesto está en todas partes, atravesaba á caballo la ciudad para trasmitir y dar órdenes, y Belzunce, con la cabeza descubierta y la cruz en la mano, en todas partes se encontraba. Se le veia á la vez como un milagro viviente en la calle estrecha y extraviada en que vivian los herreros, en el barrio

(1) Escribe un marsellés. (Nota de La Fé.)

de Ferrat, en que no brilla jamás el sol, en los barrios de Santa Clara. Daba á los pobres el dinero de sus ahorros, á los ricos el Pan de la vida eterna, á los culpables el perdón, á los huérfanos el socorro de un padre, á todos el consuelo que alienta y fortifica.

»Frecuentemente, de pié al lado de la cama del moribundo, tocaba con sus propias manos las llagas más asquerosas, para negar que existiera el contagio y mover el ánimo de los que por miedo se negaban á prestar auxilio á los infestados. Otras veces, cuando los sepultureros retrocedían ante un montón de cadáveres, huyendo del foco de infección y dando así un nuevo alimento á la corrompida atmósfera, el Obispo, cumpliendo con una de las obras de misericordia, enteraba á los muertos para encontrar auxiliares entre los vivos. Los testigos de este acto heroico enrojecían de vergüenza por su pusilanimidad criminal, y orgullosos con secundar los esfuerzos de su Pastor, sepultaban en la fosa los cadáveres.

»Bien pronto las tumbas y sepulturas existentes no bastaron. Más de setenta mil habitantes habían perecido; todos los frailes, víctimas de su celo, habían bajado á la fosa comun; no había quien dijera Misa; los sacerdotes habían muerto; las religiosas, esas hermanas de la caridad, esas heroínas que no dejan ningún nombre en la tierra, recibían la recompensa en el cielo; los hermanos de las corporaciones seculares seguían á la tumba á los que habían depositado en ella; todos, en fin, todos los que más adelante fueron blanco de las burlas y de los insultos de los filósofos, habían desaparecido del suelo marsellés en el piadoso

ejercicio del cláustro, del confesonario, de la parroquia. El caballero Rosa permaneció de pié en medio de tantos cadáveres; el obispo de Marsella cantaba con él el salmo *Qui Confidit in Domino*, y ninguna voz de levita respondía. «Caerán mil á tu derecha, y diez mil á tu izquierda, y el azote no te alcanzará.» decía Belzunce con el Profeta David, marchando con paso firme en la realización de su obra, sin perder la confianza en Dios.

»¿Qué hubieran dicho los caballeros de Versalles, los cortesanos del Ojo de Buey, las bellas damas de la corte, si hubiesen visto á Mons. de Marsella abriéndose camino á través de los cadáveres, convertido en sublime enterrador de una ciudad, no desesperando del socorro celestial, no pidiendo por toda recompensa otra cosa que morir el último de todos, como la última víctima de la expiación?

»La tierra no podía ya recibir los cadáveres, y resolvíase arrojarlos al mar; triste recurso, porque el mar no guarda nada y arroja á la orilla todo lo que mancha la pureza de sus aguas. Los últimos presidiarios formaron en la explanada elegida al efecto grandes pirámides de carne humana corrompida por la peste y la muerte.

»Belzunce celebró una Misa de *Requiem* en el altar de la iglesia de San Lorenzo, y seguido del último acólito se dirigió á la explanada vecina para recitar las últimas preces delante de un inmenso catafalco formado de cadáveres. Aquellos valientes pescadores del barrio de Boneto y de la calle de Moisés, algunos viejos capitanes, marinos bronceados por el

mar, asistían al Obispo en esta lúgubre ceremonia, que oscurecía al sol del mediodía.

»El *Requiem aeternam dona eis, Domine*, fué repetido tristemente por esos hombres, que se aplicaban á ellos mismos este versículo para el día siguiente, y creían asistir á sus propios funerales. Despues los presidiarios, excitados por la palabra y el ejemplo del Obispo, confiaron á las aguas del mar un mundo de cadáveres.

»Ochenta mil víctimas apagaron por fin el furor de la peste. Un voto habia hecho Belzunce ante el altar de la plaza, y la fé, que salva el alma, salvò lo que quedaba del pueblo destinado á morir. Belzunce mostró ese valor, desconocido hasta por los héroes, ese valor tranquilo, ese valor de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes; virtud que debe tener un nombre en el cielo, pero que la tierra sólo ha visto brillar un vez.

»Despues de la resurreccion de Marsella, Versalles quiso volver á ver á Belzunce, y le preparaban una gran ovacion; pero el Prelado se negó á salir de su ciudad.

»¡Habia muchas heridas que cicatrizar despues de una batalla de dos años; muchos huérfanos que socorrer, muchos convalecientes que cuidar! Se le ofreció el arzobispado de Burdeos, y respondió: *Si la peste volviese á acometer á Marsella, nunca me consolaria de haberla abandonado.*»

Hé aquí al hombre cuya estatua han abofeteado los radicales de Marsella, descendientes muchos de ellos de los apestados á quienes salvó la vida el héroe Obispo. Los homenajes rendidos á la memoria de éste han hecho extreme-

cer de indignacion á los revolucionarios de la ciudad reina del golfo de Lyon.

¡Estremezcámonos nosotros de horror al considerar que esos revolucionarios pueden llegar á ser algun día dueños absolutos de Francia!

VARIEDADES.

LA VÍRGEN DE LA FUENSANTA.

ORACION DE LOS NIÑOS.

«Virgen de nuestros padres,
gracias os damos
por este nuevo día
que ya empezamos;
¡oh Madre pia!
¿cuándo veros podremos,
cuando, Maria?
De azucenas y lirios
teneis alfombra
que os guarnecen y guardan
con grata sombra;
bellos jardines
formarán á tus plantas
los querubines.
Virgen Santa y hermosa,
madre querida,
sed el norte, la estrella,
de nuestra vida;
con mano fuerte
defendednos ¡oh Virgen!
á nuestra muerte.
Amparadnos, Señora,
con vuestro manto,
consolad nuestras penas,
nuestro quebranto;
á nuestra tierra

protegedla, amparadla,
de peste y guerra.
Bendita seáis, Madre,
de nuestros sueños;
á ti te bendecimos,
que aunque pequeños,
cuando crezcamos

te amaremos, Señora,
como te amamos.

Protejednos ¡oh Virgen!

durante el día,
y enviadnos de noche

santa alegría;

sed, vos, Señora,
la proteccion y escudo

del que os adora.

Eso dicen los niños

con amor tanto,

que la Virgen los cubre

con leve manto;

con embeleso

en sus caras divinas

estampa un beso.

En la noche callada

su sueño vela,

y se nombra su guia,

su centinela,

pues con anhelo

les dirige los pasos

para ir al cielo.

El labrador ¡oh Madre!

pide consuelo

mientras siempre afanoso

trabaja el suelo;

reza cristiano

para que así la Virgen

le dé la mano.

¿Qué es lo que tristes dicen;

qué es lo que ruegan

mientras con sudor frío

su frente riegan?

oid, lectores,

y sabreis lo que dicen

los labradores.

ORACION DEL LABRADOR.

«Reina de las estrellas,

del sol y luna,

dadnos, Santa Patrona,

suerte y fortuna;

haced que el grano

fructifique, guardado

por vuestra mano.

Sois Vos de la Fuensanta

Reina y Señora;

sed de nuestro trabajo

la directora

de estas faenas;

consolad, madre mía,

las duras penas.

¿Qué me importa el trabajo?

¿qué la fatiga,

mientras Santa la Virgen

hoy me bendiga?

y mi quebranto

no me aflige si estiende

su puro manto.

Si trabajo, si gimo,

si mucho lloro,

más, ¡oh Madre querida!

más os adoro;

que siempre bella,

sois mi norte, mi guia,

mi única estrella.

El grano que sembramos

aquí afanosos,

haced que multiplique

granos hermosos.

Si trabajamos

haced, grande Señora,
que algo comamos!
De la pobre cosecha
que recojemos
en recuerdo, una ofrenda,
daros queremos,
porque tu mano
nos dé buenas cosechas
en el verano.

Protejednos, Señora,
con vuestro manto
mientras que trabajamos
con ardor tanto;

dulce Señora,
sed Reina de estos campos,
sed labradora.

Esto dicen fervientes
los labradores,
y la Virgen les colma
con mil favores;
pura azucena
que sonríe cuando oye
su cantinela.

Cariñosa la Virgen
sus penas mira,
que protege al que llora
y al que suspira,
y con su mano
proteje al que trabaja,
pobre aldeano.

El pastor que en el monte
guarda el ganado,
en un rincón agreste
tan retirado,
que se lamentan
del dolor que en su pecho
triste acrecienta,
¿Qué es lo que el pastor dice
que se arrodilla?

¿qué es lo que el pobre reza?
¡oh alma sencilla!
oid, lectores,
y sabreis lo que dicen
esos pastores.

ORACION DEL PASTOR.

«Virgen de nuestros padres,
de mis mayores,
consoladme ¡oh María!
reina de amores,
pues que de pena
se encuentra mi existencia,
llena, muy llena.
Solo y abandonado
paso mi vida,
mas siempre yo os invoco,
Virgen querida,
en el torrente,
en el valle, en el monte,
con voz ferviente.
Rudas son mis palabras
y mis acciones,
mas yo os envío siempre
mis bendiciones,
que mucho os amo,
Virgen de la Fuensanta,
yo siempre os llamo.
Protejed mis haciendas
y mi cabaña,
mi ganado que padece
por la montaña,
que es mi fortuna;
protejedla, Señora,
fúlgida luna.
Y la Virgen sonríe,
que es cariñosa,
al oír la plegaria
tan fervorosa
que los pastores

le dirigen pidiendo
 dé sus favores.
 Les dirige la Virgen
 tierna mirada;
 los cuida, los protege,
 y es su abogada,
 y son dichosos
 los pastores que rezan
 tan fervorosos.

CONCLUSION.

Yo, que soy peregrino
 de aquesta tierra,
 os adoro, Señora,
 con fé sincera;
 por Vos suspiro,
 por Vos canto y os amo,
 por Vos deliro.
 Vos sois ¡oh Santa Virgen!
 fúlgida estrella,
 sois azucena pura,
 sois rosa bella;
 tu faz me encanta,
 que eres Virgen la Reina
 de la Fuensanta.
 Cuando mis ojos vuelvo
 yo hácia Levante,
 de esperanzas mi pecho
 late al instante,
 pues que suspira
 por el hermoso cielo
 que anhela y mira.
 Tendedme, Santa Virgen,
 tierna la mano,
 protejedme del mundo,
 piélago insano;
 sed Vos mi guia
 por el mar de amarguras
 del alma mia.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

En Santa Maria, á las ocho y media, misa mayor.

Martes.—En las Agustinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

En la Colegial, á las siete y media, y en Santa Maria, á las ocho y media, misa de renovacion.

Viernes.—*Jubileo de la Porciúncula.*—Se gana en la iglesia de Religiosas Capuchinas y en la de las de Santa Clara, (Santa Faz), desde las primeras visperas hasta las segundas de dicho dia.

ADVERTENCIA.

Con el objeto de regularizar la administracion, rogamos á nuestros abonados se sirvan enviar las cantidades que adeudan por la suscripcion á este periódico hasta fin de Diciembre último.

Nuestros lectores comprenderán la necesidad que tenemos de hacer una liquidacion general para evitar entorpecimientos en la gestion administrativa, pues de otro modo los graves perjuicios que se nos irrogan por la falta de pagos, nos imposibilitaria continuar la publicacion.